

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© 2019, Lorena Flores Moscoso

© De esta edición:

2025, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De Los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: (+593) 2 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-917-3

Impreso en Ecuador por Graftext

Primera edición en Santillana Ecuador: Enero 2025

Primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2025

Gestión y coordinación creativa: Alejandro Sandoval

Edición: Julio Calvo Drago, Alejandro Sandoval, Julio Santizo Coronado
y Eduardo Villalobos

Corrección de estilo: Julio Santizo Coronado

Diseño de cubierta: Jennifer Mariel Tercero López (Morena III)

Coordinación de arte y diagramación: Sonia Pérez

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por Eduardo Villalobos en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El Monstruo de los Enredos

Lorena Flores Moscoso



loqueleo



A Papá y a Pablo.
Las historias trascienden
generaciones.



San Antonio el Nuevo era un pequeño poblado al pie de una hondonada muy extensa a media hora del mar. Lo llamaban el «Nuevo» porque era de los poblados más jóvenes de la región. Esa tarde estaban reunidos en la plaza, bajo el frondoso y viejo amate, don Héctor, el más anciano de los pobladores de San Antonio, y los niños y las niñas que se congregaban a su alrededor al salir de la escuela. En esa época del año los días eran más largos: el sol se ocultaba pasadas las seis. Entonces los pobladores aprovechaban para ir



los fines de semana a la playa y durante la semana disfrutaban de la plaza; pronto llegarían las lluvias y tendrían que resguardarse en sus hogares.

Don Héctor era famoso por sus historias y ese día tenía planeada una muy especial: la historia del Monstruo de los Enredos. Los más pequeños no la conocían y ya era tiempo de que lo hicieran. El anciano llevaba varias noches soñando con el monstruo, y eso solo podía significar que estaba cerca y que pronto los visitaría. Tenía que prepararlos. El monstruo siempre causaba problemas.

—Si prestan atención, incluso pueden sentir el olor de su llegada —dijo don Héctor con tono serio.

Los niños sonrieron, y algunos incluso fruncieron la nariz para sentir

el olor, pero no lo lograron. A lo sumo sintieron el olor de las hojuelas fritas con miel y el dulce de guayaba que vendían en la esquina de la plaza. El viejo don Héctor sí podía sentirlo, su rostro indicaba que aquel olor no le traía buenos recuerdos. El Monstruo de los Enredos era muy hábil para escabullirse sin que nadie lo notara y siempre que aparecía traía malas noticias consigo, así que era mejor prepararlos.

Pocos recordaban la última vez que el Monstruo había estado en el pueblo. Los adultos de aquella época habían migrado o fallecido; los niños de entonces ahora eran adultos, y los adultos suelen olvidar. Él, don Héctor, recordaba todo y quería contarles la historia para que nada de aquello volviera a suceder.

La última vez había llegado durante una tarde soleada, en silencio, mientras todos estaban ocupados. Entró por la calle principal sin que nadie se diera cuenta y poco a poco fue invadiendo los hogares de San Antonio el Nuevo. Lo hizo, además de con sigilo, disfrazado de algo o de alguien conocido, por eso no lo notaron. Fue muy astuto y cambió su aspecto cuantas veces lo necesitó. Su presencia se notó cuando ya fue muy tarde. Con frases como esta don Héctor inició su relato.

Hubo señales de su presencia, pero nadie se percató, por ejemplo: cuando Marcela venía de la ciudad con mucha carga con las compras para la tienda. Ese día el sol estaba muy fuerte, no había sombra alguna donde ocultarse y